

Ana Esteban
Maluenda

La modernidad importada

Historia de una investigación

Cuando uno revisa la producción arquitectónica de las décadas siguientes a la instauración del régimen franquista en España, y toma conciencia de la época y las circunstancias en las que se construyeron muchos de los edificios, es inevitable plantearse cómo fue posible que llegaran a edificarse. En primer lugar, porque no encajan en el denominado *estilo nacional* que el Gobierno intentó establecer como símbolo de su poder, y, en definitiva, porque viviéndose la situación de aislamiento y sequía informativa que se sufrió, en el fondo no resultan tan distintos —al menos conceptualmente— de lo que se venía construyendo fuera de nuestras fronteras.

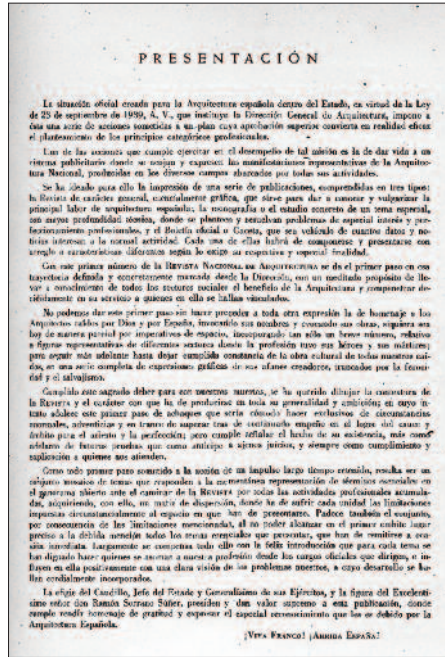
La cuestión merecía una reflexión que bien podría haberse abordado intentando analizar el grado de contacto con el exterior que mantuvieron una serie concreta de profesionales de los que, sin lugar a dudas y sólo remitiéndonos a sus obras y escritos, puede afirmarse que estuvieron “sobradamente” informados de la evolución de la arquitectura extranjera coetánea. Sin embargo, lo que se buscó desde el principio con esta investigación no fue el estudio de esos casos particulares, sino, sobre todo, el rastreo de las opciones con las que contaron el grueso de titulados y estudiantes de arquitectura de la época para incorporarse al mundo que los rodeaba.

Así, el objetivo se centró en la localización y presentación de los cauces fundamentales de entrada de información sobre arquitectura foránea entre dicho colectivo, entendiendo que fueron esas vías las que hicieron posible su puesta al día con las corrientes internacionales. Después de detectarlas y clasificarlas, el trabajo continuó con el análisis de cada una de ellas, en un intento de mostrar su contribución al proceso de internacionalización de la arquitectura española de esos años. Para terminar, se elaboró un estudio más detallado del que se considera el principal

medio a través del cual los arquitectos pudieron recibir noticias extranjeras: las publicaciones periódicas.¹

Durante los años cuarenta la actividad cultural del país vivió momentos de verdadera indigencia provocados por las consecuencias de la reciente Guerra Civil. Entre las más inmediatas, habría que señalar la falta de comunicación con el exterior y el aislamiento a que se sometió al régimen franquista, que continuaría durante toda esa década y que comenzaría a aliviarse progresivamente en la siguiente.

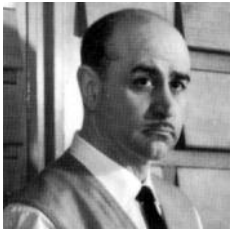
En lo que a arquitectura se refiere, el fin de la contienda nacional trajo consigo, en primer lugar, el exilio voluntario o forzoso de algunos de los arquitectos que habían encabezado las filas de nuestro incipiente movimiento moderno prebélico, así como la inhabilitación de otros tantos para el ejercicio de la profesión. El bando de los vencedores tomó el control del medio profesional, y muy poco después de finalizar la guerra, el 23 de septiembre de 1939, se creaba la Dirección General de Arquitectura (DGA), que en sus inicios concentró sus objetivos en la reconstrucción, el decoro de la capital y la dignificación de los edificios oficiales. La arquitectura racionalista, identificada y convertida en símbolo de la República, fue rechazada no sólo por los políticos, sino por una gran mayoría del pueblo, y durante toda la década, el estilo “nacional” dominó el panorama arquitectónico español. Incluso los medios de difusión se sometieron a los dictados de los ganadores; así, *Arquitectura*, la revista del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (COAM), reapareció en 1941 —rebautizada como *Revista Nacional de Arquitectura*— en el marco de las publicaciones amparadas por la DGA. Y qué podría decirse de la enseñanza de la arquitectura, que se tornó más anacrónica que nunca. Así pues, con todos los ámbitos bajo control, no parecía que hubiese muchas posibilidades de salida.



Primera página y «Presentación» del número 1 de la Revista Nacional de Arquitectura.



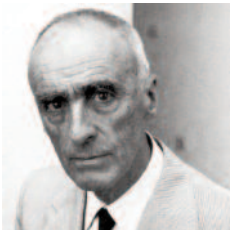
Antoni de Moragas



Miguel Fisac



*José Antonio
Coderch*



Francisco Cabrero

Sin embargo, un reducido grupo de jóvenes arquitectos que habían comenzado su formación antes del conflicto —y que, por tanto, constituyeron las primeras generaciones de titulados de la posguerra— no tardaría en reaccionar ante la situación que estaban viviendo y establecería la posibilidad de tender un vínculo con la modernidad. Entre estos “pioneros puente”, formados todos en los cánones de la enseñanza academicista, habría que señalar la presencia de José Antonio Coderch (titulado en 1940), Francesc Mitjans (t. 1940), Antoni de Moragas (t. 1941) y Manuel Valls (t. 1942), en el núcleo barcelonés; y de Francisco Cabrero (t. 1942), Rafael Aburto (t. 1943), Alejandro de la Sota (t. 1941), Miguel Fisac (t. 1942) y José Luis Fernández del Amo (t. 1942), en Madrid.

Utilizando los pocos medios de que disponían, estos jóvenes decidieron colaborar en la construcción de una nueva cultura; una operación en la que era necesario conocer la realidad del momento —para poder transformarla— y que se planteó desde los sectores más activos como una vuelta a la normalidad desde el restablecimiento del contacto con el exterior y la iniciación de una continua revisión polémica de la arquitectura.

Algunos autores e incluso protagonistas de ese momento, como el propio José Luis Fernández del Amo, han insistido en un restablecimiento

«casi milagroso» de la normalidad y en la labor que llevaron a cabo, desde la «incomunicación», estos arquitectos pertenecientes a las primeras generaciones que salían de las escuelas después de la Guerra Civil:

La nueva generación vivía el ambiente confinado de un país en forzada comunicación con los de su común cultura, sin posibilidades de intercambio. Esto es cierto, pero ¿quién detiene el empuje de la creatividad allí donde los estímulos propios son incontenibles? Verdad es que ni la política lo fomentaba, ni la sociedad ofrecía el clima propicio para su cultivo. Pero una vez más, el genio temperamental, la luz de adivinatoria de nuestros artistas, hizo que emergiera el fruto de sus creaciones.²

Sin embargo, el milagro no reside únicamente en que reactivasen la modernidad desde el aislamiento —porque, como se verá más adelante, sabían (o podían haber sabido) bastantes más cosas de las que se podía suponer a priori—, sino más bien en el arrojo y la constancia que demostró esa generación «huérfana» —como la definió Miguel Fisac— por dar forma a todo lo que habían soñado, visto y anhelado. Y con ello no se pretende afirmar que fuese un camino cómodo y practicable. Hoy por hoy, nadie duda que querían renovarse y que lo consiguieron. El objetivo del estudio, por tanto, no fue investigar este hecho, sino profundizar en cómo

Centro de Investigaciones Biológicas de los Patronatos Cajal y Ferrán del CSIC (1951), de Miguel Fisac.

Vivienda unifamiliar en la calle del Doctor Arce (1955), de Alejandro de la Sota.



lo lograron y, más específicamente, en los medios con los que contaron para incorporar el mundo que los rodeaba a la cultura y el arte españoles. ¿Y cómo puede alguien equipararse con algo que no conoce?

De ahí que la investigación se concentrase en presentar el conocimiento de lo foráneo como medio para acceder a la realidad y transformarla, una herramienta que no es —ni mucho menos— la solución definitiva, pero que, sin duda, fue una de las que utilizaron para descubrir y consolidar la modernidad en el espacio social de una época en la que «los artistas [...] sintieron desde el principio la necesidad de abrir el panorama cultural y relacionarse con quienes hacían un trabajo de interés en cualquier otro lugar».³

En otro orden de cosas, para explicar el ámbito temporal y geográfico en el que se localiza la investigación, es necesario que nos situemos por unos instantes en el momento en que culmina la Guerra Civil. Una vez finalizada la contienda, los que se autodenominaron *nacionales* instalaron en Madrid su Gobierno y parecían supe-

ran los ecos del *no pasarán* de la defensa de la ciudad imponiendo su criterio en todos y cada uno de los ámbitos de la sociedad. Lejos de mantenerse al margen de todo esto, la arquitectura se convirtió en uno de los instrumentos propagandísticos del nuevo régimen. El interés por las arquitecturas de Herrera y Villanueva que ya mostraron los primeros impulsores de la búsqueda de la arquitectura nacional en la época republicana se reanimó, aunque dejando a un lado la racionalidad que les había llamado la atención a estos y concentrándose en el mimetismo como herramienta para recuperar esos “momentos gloriosos” de la arquitectura española. Así pues, esta “supuesta” tradición arquitectónica madrileña se irguió como estandarte de lo franquista —y, por tanto, de “lo español”— oponiéndose a cualquier eco de modernidad. Pero esta ansiada unidad, basada en la común utilización de lenguajes históricos, en realidad encerraba entendimientos muy distintos de lo que pretendía la arquitectura.

Esto que, en principio, se ambicionaba para la totalidad del territorio nacional no consiguió arraigar en todos los lugares, como en Barcelona —el otro gran foco arquitectónico del país—, que respondería con historicismos más afines a su propia tradición, permaneciendo hasta cierto punto ajena a lo madrileño y, por tanto, a “lo supuestamente español”.

Por el contrario, en Madrid, la búsqueda de una arquitectura nacional que expresase la victoria de los nuevos gobernantes fue un hecho. Así, la incipiente arquitectura moderna de antes de la guerra desapareció brus-

Ministerio del Aire, de Luis Gutiérrez Soto, auténtico símbolo del ‘estilo nacional’ propugnado por el estado.



camente de su panorama para dejar espacio libre al academicismo como imagen del Estado: Madrid, capital representativa de la Nación y sede del Régimen, debía transformarse en el “Gran Madrid”.

Con el Gobierno instalado en la capital e intentando desde allí imponer su arquitectura nacional como paradigma de “lo nuestro”, Madrid se presenta como uno de los lugares más afectados por la aversión a “lo extranjero” y, por tanto, más acertados para localizar esta investigación. Es más, su propia situación geográfica —más alejada de la frontera o de los bordes marítimos— sin duda influyó en las dificultades que tuvieron para buscar una salida más allá de su ámbito inmediato.

En cuanto a lo que tiene que ver con la elección del periodo de estudio, hay que decir que en un principio se plantearon dos opciones: hablar de décadas o hablar de años. La idea, sin embargo, estaba clara: se trataba de sumergirse en el momento de recuperación de la arquitectura española respecto a la internacional, y eso localizaba la investigación en los cincuenta y los sesenta, pero, en el camino, surgieron una serie de hechos y documentos que animaron a elegir un par de años concretos como límites.

En su número de abril de 1968, la revista madrileña *Nueva Forma* incluía unas «Notas Historiográficas 1949»⁴ en las que se reunían algunas de las más importantes propuestas o realizaciones arquitectónicas que confluyeron ese año alrededor de Madrid. La reseña es la última de una serie que se iniciaba el año anterior y en la que se presentaban paralelamente algunos de los hechos arquitectónicos más significativos de los años veinte y cuarenta. En la que dedicaron a 1949 describían varios de los proyectos participantes en algunos de los concursos más significativos de entonces, como el Monumento a la República Argentina, el Monumento a los Caídos y la plaza de la Moncloa o la

basílica de Nuestra Señora de la Merced. La selección destacaba, en primer lugar y con una imagen sensiblemente mayor que el resto, la propuesta de Francisco Cabrero premiada en el concurso para la Casa Sindical del paseo del Prado. Además, el dibujo en cuestión se acompañaba de un comentario aparecido en *Gran Madrid* con motivo de la reciente inauguración del edificio, en el que se manifestaban las tendencias «tan varias» que habían mostrado los participantes.

Si se analiza por un instante lo anterior, puede advertirse que, ya en 1968, Fullaondo —con cierta “clarividencia”, dado el reducido lapso temporal transcurrido— destacaba el año 1949, y la victoria de las propuestas “modernizantes” de Cabrero y Aburto en el importante concurso de Sindicatos, como el claro remate de una etapa, adelantándose a la mayoría de historiadores y críticos que, en las décadas siguientes, presentaron dicha fecha —y la construcción del edificio del paseo del Prado— como el momento de transición entre la autarquía más pura y la apertura de la arquitectura española hacia el exterior. Y no sólo lo dijo en su revista, sino que ese mismo año lo afirmó fehacientemente durante una de las Sesiones de Crítica que se organizaban en la capital, en una ponencia que dedicó, precisamente, a «La Escuela de Madrid»:

*El golpe definitivo, el acta de nacimiento de la Escuela de Madrid, se producía, sin embargo, en el Concurso de Sindicatos (año 1949), donde Cabrero y Aburto obtienen el primer premio, y, lo que es más raro en nuestra querida España, la construcción. Porque Sindicatos es el primer edificio, realmente importante, construido en Madrid de acuerdo con unos criterios en los que, a pesar de todos los pesares, a pesar de las resonancias monumentalistas, mussolinianas, etc., prevalece la caracterización moderna.*⁵

Además de Sindicatos, en 1949 también se concentran otras noticias en el ámbito madrileño que denotan un cierto gusto incipiente por la modernidad. Ese año, el joven Miguel Fisac descubriría a Asplund en su viaje a los países nórdicos, y un ya maduro Luis Gutiérrez Soto cambiaría el tipo de arquitectura que venía haciendo

Dibujo de la propuesta ganadora del concurso para la Casa Sindical del Paseo del Prado (1949), de Francisco Cabrero y Rafael Aburto.





*Edificio del Alto
Estado Mayor, de
Gutiérrez Soto*



*Viviendas de la
Colonia Virgen del
Pilar, de Cabrero*

para afrontar una nueva etapa en su trayectoria con el proyecto del edificio del Alto Estado Mayor. También Cabrero iniciaría las obras de los dúplex de la Colonia Virgen del Pilar y vería rematado el pabellón de la I Feria Nacional del Campo que proyectó junto a Jaime Ruiz; Oiza ganaría —asociado con Laorga— otro concurso para edificar una basílica, la polémica Arantzazu, y Ramón Vázquez Molezún conseguiría el pensionado en la Academia de Roma, convirtiéndose así en el primer arquitecto que disfrutaría de la beca tras el paréntesis de la Guerra Civil.

Fuera de Madrid, el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares (COACB) inauguraba su ciclo de conferencias y actividades culturales, animado por la presencia de algunos extranjeros como Alberto Sartoris o Alfred Ledent, y participaba muy de cerca en la organización de la V Asamblea Nacional de Arquitectos —que se celebró entre las ciudades de Barcelona, Palma y Valencia—, en la que el mismo Sartoris y Gio Ponti se asomaban por primera vez a la obra de Coderch y Valls. También se hablaba de reconstruir el pabellón de

*Basílica de
Arantzazu, de Oiza y
Laorga*

Alemania de la Exposición de 1929 y se comenzaban obras tan significativas como La Ricarda, de Bonet Castellana.

Solamente por todos los hechos que se han expuesto, el año 1949 es especial, pero además resulta ser el primero, en mucho tiempo, en el que empiezan a concentrarse signos de recuperación de la modernidad.⁶ Además, había que elegir 1949 porque, a estas alturas de la historia, se ha convertido ya en un año mítico para casi todos...

Volviendo al número de *Nueva Forma*, ya se ha comentado la coincidencia de la búsqueda de un estilo nacional en las etapas pre y posbélica, algo que parece que quería expresar Fullaondo al presentar en paralelo ambos periodos. Aun sin la certeza absoluta de que esto fuese así, se entiende que no se trata de una casualidad que lo hiciese de esa manera, como tampoco que terminase precisamente en 1949, un año que, como se ha visto, reúne tantos hechos significativos. Dando una última vuelta de tuerca, cabría reflexionar sobre el momento en que se publicaron estas notas historiográficas.

El año 1968, al margen de la arquitectura, evoca rápidamente el Mayo Francés y las revueltas estudiantiles en contra de lo establecido. El síndrome de 1968 se extendió por toda Europa, incluida la España franquista, que contemplaba el nacimiento efectivo de la organización terrorista



ETA. Y precisamente ese año, Juan Daniel Fullaondo sitúa el final de su recorrido “historicista” en 1949.

Realmente, sin atender a lo estrictamente arquitectónico, 1968 resulta una fecha tan singular que no haría falta explicar en modo alguno su elección como final de una etapa. Pero resulta que, además, y sin que lleguen a confluir en él tantos hechos como en el año 1949, en 1968 se culmina una de las obras más emblemáticas de la ciudad: Torres Blancas.

El proyecto, que se remonta a 1961, supuso un verdadero hito en la arquitectura española y ocupó, prácticamente desde sus inicios, numerosas páginas tanto en las revistas nacionales⁷ como en las foráneas.⁸ Además, algunos autores han visto en la finalización de este edificio la culminación y manifestación definitiva de la etapa organicista española, así como de la etapa de reencuentro con una modernidad que empezaba a ser reconocida, definitivamente, fuera de nuestras fronteras.

Y no sólo resulta ser un año de importantes realizaciones arquitectónicas. 1968 es también el momento en que ve la luz uno de los clásicos de la historiografía de la arquitectura moderna española: la *Arquitectura española contemporánea*⁹ de Lluís Domènech Girbau.

Así pues, y aun a riesgo de que la elección de dos fechas tan precisas pudiese parecer algo forzada, 1949 y 1968 se presentaron como principio y fin de un singular periodo en el que la arquitectura madrileña —y, en general, la española— recorrió velozmente y casi “de puntillas” la distancia que la separaba de la internacional. En cualquier caso, estas fechas se tomaron como orientativas y no como definitivas, es decir, situaban el trabajo pero no impedían que el ámbito temporal fluctuase en los casos en los que se viese necesario. Porque aunque la acotación cronológica anterior se corresponde con acontecimientos históricamente significativos y el periodo transcurrido entre ambos años muestra suficiente homogeneidad, hay que dejar constancia de que se propuso como parte de un contexto mayor en el que constituye, eso sí, una etapa característica en la que la arquitectura madrileña recobraba



paso a paso el pulso de la modernidad.

Una vez establecidos los límites, el trabajo se concentró en el núcleo fundamental de la investigación: presentar un panorama, más o menos amplio y más o menos articulado, de la actividad arquitectónica del momento, y ahondar, específicamente, en la que estuvo más orientada a su puesta al día con las corrientes internacionales. Dicho de otra manera: se trataba de apuntar hacia los canales de entrada de la información extranjera en nuestro país y de resumir o presentar la aportación que cada una de estas vías de contacto con el exterior representó en el conocimiento de la arquitectura contemporánea. No obstante hay que volver a insistir ahora en una idea que ya se viene manejando y que no se debe olvidar durante el desarrollo de todo el discurso: la particularidad de cada caso y lo distintas que resultaron ser las trayectorias y los intereses de cada uno de los arquitectos.

Los cauces de entrada de información extranjera que se presentan en el trabajo se eligieron con el convencimiento de que fueron los más frecuentes y asequibles para la mayoría de los arquitectos madrileños. La Escuela y el Colegio de Madrid,¹⁰ sus bibliotecas, las publicaciones foráneas, las reuniones, exposiciones, e incluso los viajes, se consideran todos ellos medios, en mayor o menor medida, al alcance del grueso de la profesión.

*Torres Blancas
(1961-1968), de
Francisco Javier
Sáenz de Oíza.*

Por el contrario, no se han abordado otros que, como los contactos personales, se consideran parte de la historia particular de cada uno.

Además de seleccionarlos, se muestran clasificados en dos grupos perfectamente diferenciados: el de los *obligatorios*, es decir, los que compartieron todos aquellos que estudiaron y ejercieron en Madrid; y el de los *optativos*, o sea, los que resultaron frecuentes pero no fueron ineludibles. Entre los primeros, se han estudiado la Escuela de Arquitectura y el Colegio de Madrid —incluyendo, por supuesto, las bibliotecas de ambos centros—, que, entre el mucho menos uniforme elenco de actividades en las que pudieron participar, destacan por ser los únicos focos de cultura realmente comunes a todos los arquitectos, ya que muchos asistirían a exposiciones, otros intervendrían en congresos internacionales y unos cuantos viajarían a lugares más o menos remotos, pero lo que resulta innegable es que para ejercer su profesión todos tuvieron que pasar, primero, por la Escuela, y después, por el Colegio. Por tanto, el recorrido se inicia por estos dos cauces *fundamentales*, entendiendo con dicha denominación no tanto los que a la larga resultan ser los principales o los que tienen más peso, sino los que se considera que debe-

Entrada de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid en los años cuarenta.

Estudiantes en las aulas de la ETSAM.



rían haber sido principio, origen o cimiento de lo que aquí se está tratando.

Tras analizar tanto los planes de estudio vigentes en el periodo objeto de investigación como los textos sobre la educación impartida, así como a través de las conversaciones mantenidas con los que fueron alumnos —incluso profesores— en esos años, la Escuela de Arquitectura de Madrid se ha revelado como una institución anclada en el pasado, en la que el interés por lo foráneo no tuvo su origen, ni mucho menos, en quienes impartían clase, sino más bien en el propio alumnado, que alimentó su curiosidad fuera de las aulas.

Los estudiantes de los años cuarenta recordarian tiempo más tarde a sus profesores como a unos «extraños».¹¹ Para hacerse una idea de lo que se les contaba, basta con rememorar algunos datos de su periplo proyectual, que comenzaban de la mano de Luis Moya, quien recibía directamente a los procedentes del ingreso y los introducía en la disciplina clásica mediante una serie de ejercicios que perdurarían más de dos décadas —como el de la hornacina y el edificio simétrico—, y lo terminaban con Modesto López Otero, quien, año tras año, instruía a sus oyentes en las bondades de la arquitectura de Karl Friedrich Schinkel.

Lo peor de todo, según Julio Vidaurre, es que «los planteamientos de los trabajos antes comentados vienen “forzados”, por ser ese tipo de respuestas [...] que la sociedad dominante exige. La coherencia entre estos trabajos escolares y la arquitectura de la realidad circundante es, alarmantemente, total».¹² Así pues, la Escuela pierde ese papel de «laboratorio» que intenta «ofrecer a la sociedad los resultados más positivos de su trabajo, para así tratar de mejorar las condiciones de vida del hombre» y se reduce a desempeñar «un mero papel de suministrador de las demandas preestablecidas por la sociedad».¹³ Y tiene razón cuando habla de la «gravidad de esta renuncia, por parte de la Escuela, a ser el taller libre, imaginativo y responsable que cabría esperar de un centro universitario». Una renuncia que, a la larga, terminaría provocando la desintegración del proceso de aprendiza-

je arquitectónico y la consiguiente indiferencia entre el alumnado ante la propuesta gráfica proyectual, y que afectaría como docentes a los que habían comenzando a sufrirla como estudiantes en los años cuarenta, entre los cuales figuraban los que repartieron su educación entre los años anteriores y posteriores a la guerra, como Francisco Cabrero, Rafael de Aburto, Miguel Fisac —el único que no llegó a dar clase—, Alejandro de la Sota y José Luis Fernández del Amo, y los que comenzaron los años de carrera una vez finalizada la contienda, como José Antonio Corrales, Ramón Vázquez Molezún, Francisco Javier Sáenz de Oíza y Julio Cano Lasso.

A finales de los cuarenta, siendo ya director de la Escuela Emilio Canosa, algunos de estos recién licenciados llegaron a las aulas para comenzar su trayectoria docente. Con ellos se iniciaba lo que años más tarde —de nuevo en 1968— Juan Daniel Fullaondo definiría como «una auténtica carrera contra el tiempo, un intento desesperado de ponerse al día, de ponerse de pie, de adquirir una estatura existencial, cultural y técnica, que le permitiera comunicarse con el vasto panorama europeo, el recuperar el tiempo tontamente perdido en los años 40». ¹⁴ El primero, Francisco Javier Sáenz de Oíza, fue llamado a la Escuela en 1948 para explicar Salubridad e Higiene, una asignatura que impartió durante una década y que compatibilizó —primero como auxiliar y desde 1952 como titular— con la docencia de proyectos.

Sin embargo no sería hasta el final de la década de los cincuenta, y de la mano de Javier Carvajal —quien sustituyó en 1959 a Villanueva como encargado de la cátedra de Proyectos—, cuando hiciesen su aparición personajes como Antonio Fernández Alba, probablemente el mejor ejemplo de un grupo reducido de nuevos docentes que, a partir de ese momento y durante la década de los sesenta, aspirarían a aportar métodos e ideas más o menos renovadores del contexto didáctico, en un intento por recuperar una escuela que participase, a su vez, en la creación de una nueva cultura arquitectónica.

Los jóvenes profesores hablaban de los grandes maestros del movimiento moderno, pero también gustaban de anunciar a sus alumnos los nuevos personajes que iban apareciendo en el panorama internacional, y a cuya obra ellos mismos iban teniendo acceso. Si nos detenemos un momento para releer esto último, podríamos reparar en que estaba comenzando a producirse un hecho relativamente curioso: en un momento en que la cultura moderna en el ámbito madrileño todavía se encontraba en un periodo de clara y minoritaria formación, resultaba complicado que la Escuela consiguiera enseñar una arquitectura que aún no había sido “adoptada” por la mayoría. Así pues,



sólo podían enseñarla los que la practicaban, por lo que la renovación de la arquitectura en la ciudad y en la escuela se produjeron prácticamente en paralelo.

El problema es que sólo fueron unos pocos y, aunque puede afirmarse que a finales de los sesenta ya se respiraba cierta modernidad en esta Escuela, buena parte de la enseñanza real continuó resistiéndose a los cambios. Los que tuvieron la suerte de pasar por los cursos de aquellos que hemos citado —así como de otros tantos que no se han mencionado aquí— gozaron de la oportunidad de que les introdujesen en la modernidad esos que les llevaban sólo unos

Sáenz de Oíza, Sánchez Prieto y Carlos Flores en una visita a las viviendas en 'Puerta Bonita' de Carabanchel Alto (1957).



Estudiantes en las aulas de la ETSAM.

Carlos de Miguel, personaje clave en la reactivación de la arquitectura española de la segunda mitad del siglo XX.

años de ventaja. Sin embargo hubo otros muchos —tal vez la mayoría— que pasaron por la Escuela sin poder escuchar a ninguno de sus profesores hablar ni tan siquiera de los grandes maestros del Movimiento Moderno.

En cambio, el estudio de la historia y documentos relacionados con el Colegio de Arquitectos de Madrid han proporcionado un retrato del mismo mucho más internacional, teniendo en cuenta que gracias a su actividad se produjeron más intercambios, tanto de visitas —con todo lo que ello pudo conllevar: encuentros, conferencias, exposiciones...— como de textos y publicaciones. No obstante, todo el afán que mostraron en participar en actividades y, en general, en estar al corriente de lo que ocurría en el resto del mundo, obedeció en buena manera a su empeño por formar parte del ámbito arquitectónico internacional.

El año 1949, momento en que se celebraron las primeras elecciones a la junta de gobierno desde 1935, y en las que resultó elegido decano Antonio Rubio Marín, marca el inicio de una nueva etapa en la historia colegial, que, hasta entonces, había ido consolidándose como institución —desde su nacimiento, en 1931—, pero que no había conseguido activar la vida corporativa en su más amplio sentido cultural y social. Y entre las novedades que se vivieron esos años, habría que citar —probablemente, la primera— la incorporación a la organización de Carlos de Miguel, una



figura a la que, a partir de ahora, se irá nombrando en cada uno de los cauces que se repasen.

Carlos de Miguel había ganado el concurso para ser director de la *Revista Nacional de Arquitectura* (RNA) en 1948. Desde ese momento y hasta 1973, no sólo continuaría ejerciendo dichas labores de un modo ininterrumpido, sino que se erigiría en uno de los pilares fundamentales en los que se apoyaría toda la actividad cultural del Colegio. Desde esta posición, De Miguel se convirtió en uno de los personajes que colaboró de una manera más activa en la difusión de lo foráneo; eso sí, entendiendo que lo que le movió no fue un interés específico por lo extranjero, sino, sobre todo, la reactivación de la cultura arquitectónica española.

Aparte de organizar las Sesiones de Crítica de Arquitectura (SCA) —en las que nos detendremos más adelante—, de potenciar visitas de arquitectos extranjeros a Madrid —como la de Alvar Aalto en 1951, al que, aprovechando su estancia en Barcelona para impartir unas conferencias, consiguió traer a la capital y hacerle participar en las citadas SCA—, anduvo todos esos años preocupado por incentivar la participación de los arquitectos españoles en concursos internacionales, para los que consiguió una serie de ayudas económicas con objeto de poder sufragar en parte los costes que les suponía. También estuvo implicado en la mayoría —si no en todas— de las publicaciones que hizo el Colegio, desde las ya nom-



Sesión de Crítica de Arquitectura dedicada al Edificio Girasol de José Antonio Coderch (1967).

bradas RNA y posterior *Arquitectura*, hasta el *Boletín de Información del COAM*, en el que incluso ejerció un tiempo como director.

En realidad, la preocupación por los concursos internacionales y por las publicaciones fue algo que cultivó el Colegio como institución durante ambas décadas, sobre todo durante el decanato de Luis Blanco Soler, entre 1959 y 1963. Pero más que todo esto, lo que mantuvo alerta esos años a la junta directiva fue la incorporación y evolución del COAM como miembro de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA). Desde que se establecieron los primeros contactos, con la asistencia en 1953 al III Congreso de la organización celebrado en Lisboa, y una vez aceptado el ingreso de la delegación española en la reunión del año 1955 en Holanda, la participación como miembros activos y respetados en todas las actividades que se proponían se convirtió en uno de los objetivos primordiales del COAM. De esta forma, acudieron a cada uno de los congresos y sesiones preparatorias de los mismos, y designaron a una serie de colegiados para que participasen en todas las Comisiones de Trabajo de la organización, entre los que no podía faltar, por supuesto, Carlos de Miguel.

Portadas de RNA y Arquitectura, publicaciones de las que fue director Carlos de Miguel entre 1948 y 1973.

Fuera de lo que supuso toda la experiencia con la UIA, y dejando a un lado los contactos particulares que mantuvo el COAM, habría que detenerse unos momentos en los eventos en los que participaron, como la asis-

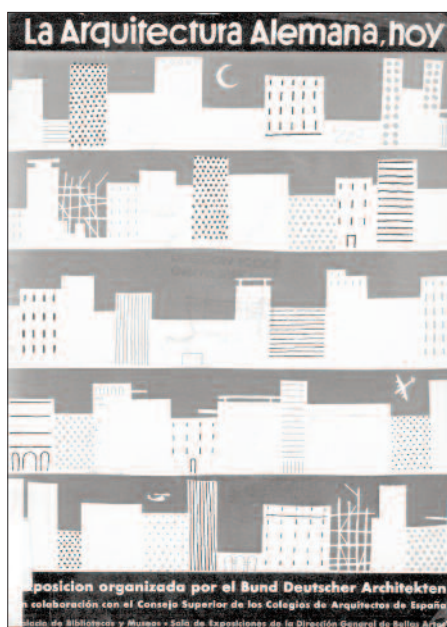
tencia —relativamente frecuente— a diversos encuentros europeos, entre los que podría destacarse el viaje que hicieron Antonio Perpiñá y Carlos de Miguel en 1956 para participar en la Sesión de Urbanistas Europeos que se celebró en Hamburgo. Por otra parte, cabría citar algunas de las exposiciones de arquitectura contemporánea que divulgaron: entre las celebradas fuera de España, principalmente las Bienales del Museo de Arte Contemporáneo de São Paulo —para las que también concedieron ayudas con el objeto de poder enviar trabajos de españoles—; y entre las que se organizaron en territorio nacional, habría que destacar las denominadas «Arquitectura alemana hoy» y «Arquitectura británica de



Carlos de Miguel y Antonio Perpiñá participando en la Sesión de Urbanistas Europeos que se celebró en Hamburgo en 1956.



Portada del catálogo de la exposición «Arquitectura alemana hoy», celebrada en las Salas de Exposición de la Dirección de Bellas Artes en 1956.



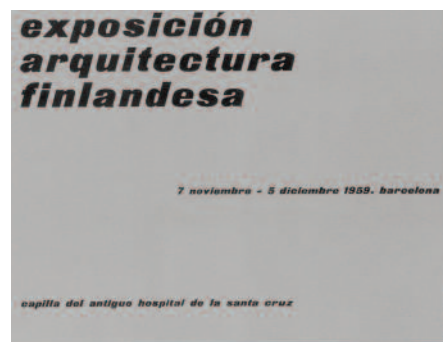
pero lo que aquí se ha recordado basta para proporcionar una idea suficientemente ajustada de lo que fueron los intereses internacionales del Colegio en esos años y reflexionar unos instantes en torno a ellos. Y se dice *intereses* porque lo que más ha llamado la atención durante el estudio no ha sido la cantidad de cosas que supieron y que transmitieron a los colegiados —que no fueron precisamente pocas—, sino, sobre todo, el afán que mostraron por incorporarse a las actividades que organizaban los organismos arquitectónicos internacionales. Esto que se comenta, lejos de convertirse en una mera afirmación de los gustos de las sucesivas juntas de gobierno del COAM, comporta un significado mucho más profundo. Y es que aparte de querer participar en los eventos que se organi-

hoy», que se celebraron en 1956 y 1964 respectivamente, en la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes.

En cuanto a las que organizaron, es ineludible referirse a la de «Arquitectura finlandesa», del año 1960, en los Salones de la Sociedad Española de Amigos del Arte, que, una vez más, vino a Madrid aprovechando la muestra previa que se hizo en Barcelona celebrada en paralelo a la exposición sobre «Arquitectura española» que se envió a Helsinki.

Cartel de la exposición «Arquitectura finlandesa», celebrada en la Capilla del Antiguo Hospital de Santa Cruz de Barcelona en 1959.

La lista de actividades en las que se involucró el COAM durante ambas décadas es mucho más extensa,¹⁵





Sala de lectura de la Biblioteca de la ETSAM en los años cuarenta.

zaban, lo que más deseaban era hacerlo en las mismas condiciones que el resto, es decir, no querían sentirse inferiores, y por eso trabajaron para informarse y para informar, porque sabían que en el momento en que controlasen el panorama podrían incorporarse ya de una manera eficaz a las actividades que mantenían sus colegas extranjeros.

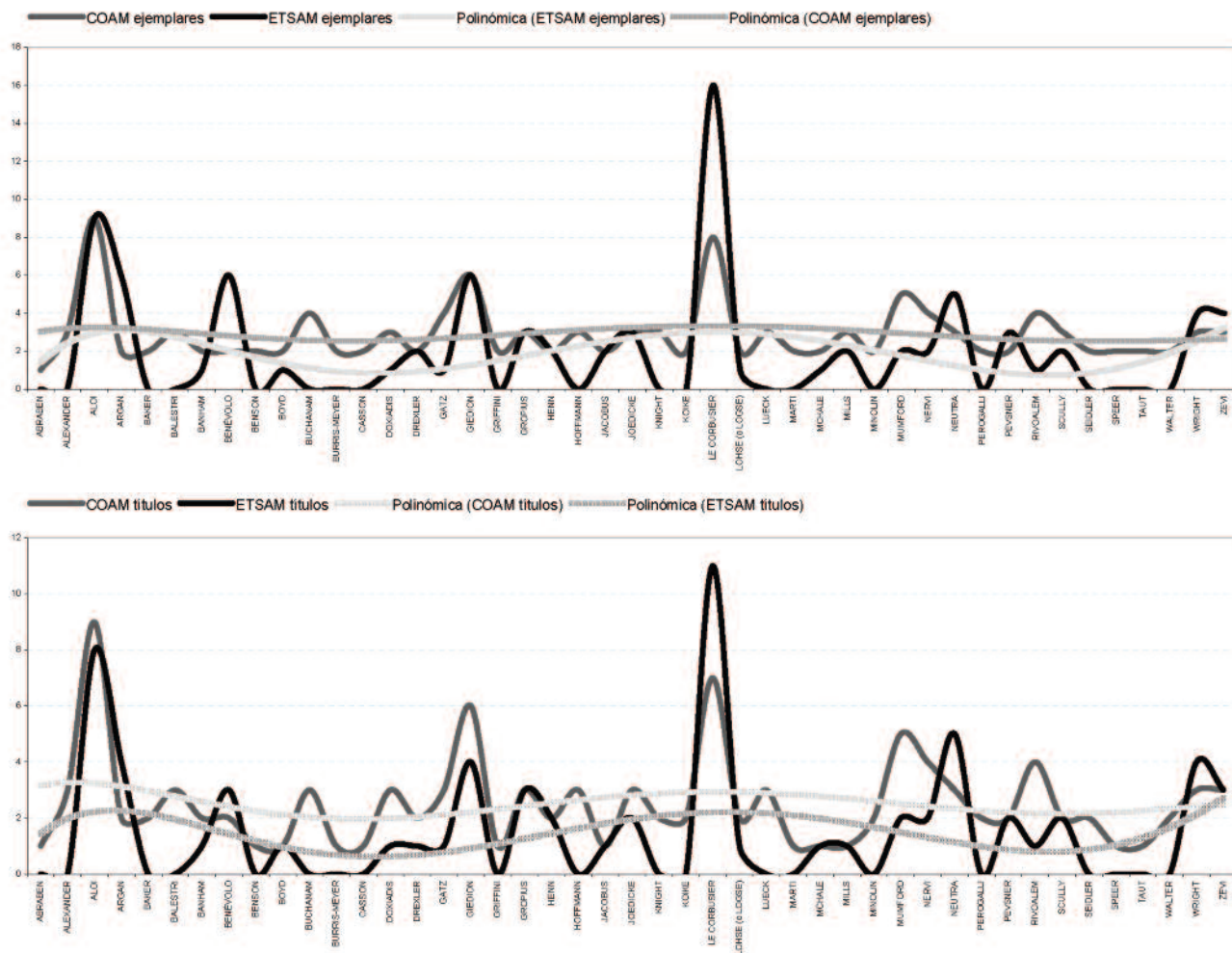
Por todo esto, y por el carácter tan distinto de ambas instituciones, son tan desiguales los casos de la Escuela y el Colegio de Madrid. Y aunque ya se ha hecho referencia a ello, es conveniente incidir una vez más en el punto que parece que marca la diferencia. Porque no tiene nada que ver el espíritu que movía a cada colectivo. Los docentes defendían unos conocimientos que, aunque antiguos, consideraban que eran los más adecuados en esos momentos de incertidumbre; y no miraban fuera porque no creían que hubiese nada más interesante que lo que ellos mismos defendían. Sin embargo, la junta de gobierno del COAM necesitaba contactos, alianzas, participar en las reuniones, sentirse parte de un colectivo mucho más amplio. Y para ello, lucharon desde el principio por saber lo que ocurría más allá de nuestras fronteras. No se trata ahora de cambiar radicalmente la idea que se tenía al respecto y de mostrar al grupo madrileño como uno de los más activos de Europa, porque, de hecho, pocas veces tomaron la iniciativa a la hora de organizar eventos. Pero de ahí a considerar que no sabían o que no participaron en ellos hay una distancia considerable.

En ambos casos, sus bibliotecas respectivas recibieron un buen número de publicaciones extranjeras. Probablemente no todas las deseables, pero sí las suficientes para que aquellos con voluntad pudieran informarse —aunque fuese como toma de contacto— a través de libros y revistas. En general, el estudio de estos archivos no hace sino confirmar la idea de partida de la investigación, es decir, que los madrileños sabían —o pudieron saber— mucho más de lo que a priori uno podría imaginarse. Y es que, aun tratándose de bibliotecas cuya dotación económica para la adquisición de volúmenes fue sensiblemente diferente, el estudio de sus fondos arroja el mismo resultado: en ambas se recibieron muchas obras foráneas o dedicadas a la arquitectura extranjera que podrían haberse consultado.

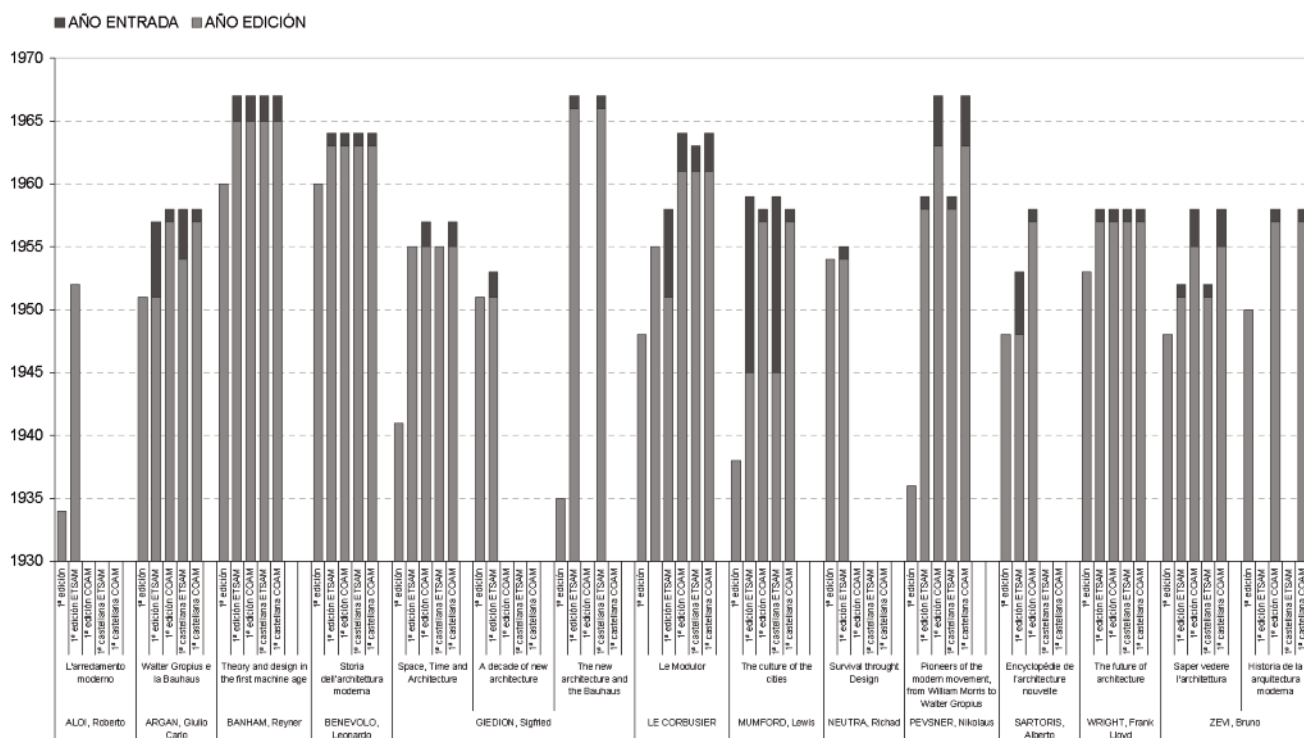
Si se comparan los libros registrados en la Escuela con los del Colegio, se observa una ligera superioridad de ejemplares y títulos de la biblioteca del COAM respecto a la ETSAM, sólo rota en algunos casos puntuales, como el de los textos de Le Corbusier, que en la Escuela¹⁶ duplicaron prácticamente —y no sólo en ejemplares sino también en títulos— a los del Colegio.¹⁷ Dado que el número de títulos —editados en castellano— de un mismo autor es distinto en cada entidad, la razón de la ventaja del COAM debemos buscarla en las ediciones extranjeras, que, de nuevo, abundaban allí más que en la Escuela.

Tampoco hay duda de que, en la mayor parte de los casos, las primeras ediciones que recibieron fueron ediciones en castellano —que llegaban a España, sobre todo al principio, desde Argentina— lo que, evidentemente, ralentizó —junto a la falta de presupuesto, desde luego— la recepción de algunos títulos, como *Pioneros del diseño moderno*,¹⁸ cuya edición original data de finales de los años treinta y del que no se obtuvo un solo ejemplar hasta 1959, o como *Espacio, tiempo y arquitectura*,¹⁹ que se publica en 1941 y no llega a estas bibliotecas hasta después de 1955.

En cuanto a las revistas extranjeras recibidas, si se comparan los dos fondos resulta muy llamativa la similitud en cuanto a los países de proce-



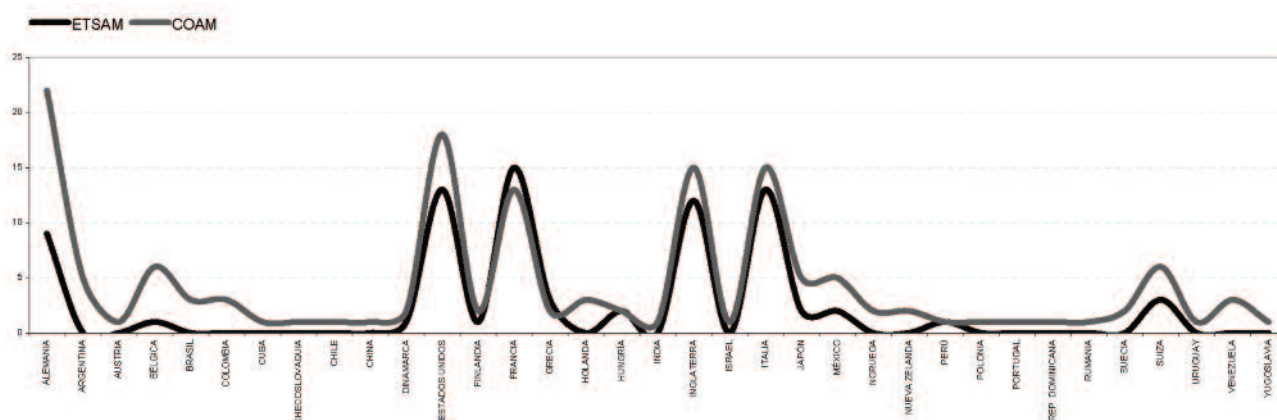
Número de ejemplares y títulos de libros registrados en las bibliotecas del COAM y de la ETSAM entre 1949 y 1968



Comparación de un conjunto de libros seleccionados aleatoriamente en las bibliotecas de la ETSAM y el COAM

dencia se refiere. Difícilmente la gráfica comparativa podría haber mostrado un equilibrio mayor en los puntos de inflexión; eso sí, con el COAM ligeramente por encima casi siempre. Nada más se dan dos casos un tanto excepcionales: el de las publicaciones periódicas alemanas, que en el Colegio doblan en número a las de la Escuela, y el de las francesas, algo más numerosas aquí que en el prime-

de libros de arquitectura para muchos de nosotros. Y por lo que se deduce de las conversaciones que se mantuvieron, parece ser que no hubo mucha actividad en este sentido, principalmente porque no había dinero para hacerse con ellos. Evidentemente hubo personas que fueron procurándose títulos y conformando su propia biblioteca, pero en general resultaba muy costoso hacerse con



Comparación de número de revistas extranjeras por países de origen en las bibliotecas de ETSAM y COAM

ro. Aparte de las diferencias ocasionales que se dan en los años de recepción de ciertos títulos, tal vez lo más reseñable serían las ausencias, como la de *Bauwelt*. Aunque, sin duda, la más llamativa de estas ausencias resulta ser la de *Casabella*, una de las revistas consideradas fundamentales por la mayoría y que, sin embargo, en la Escuela brillaba por su ausencia.

Pues a pesar de todo lo que contienen, en las conversaciones que durante el transcurso de esta investigación se han mantenido con algunos de los protagonistas del momento, se mencionó que no solía hacerse uso de ellas, al menos hasta bien entrada la segunda mitad de los cincuenta. En este sentido, parece que hay una diferencia muy grande entre ambas décadas, y que en la de los sesenta fue mucho más frecuente la consulta de ambos fondos.

Respecto a la compra de ejemplares por parte de particulares, los datos se han obtenido en su mayoría de los recuerdos de quienes por aquel entonces ya practicaban esa especie de “vicio” que supone la adquisición

bibliografía. Por eso las librerías utilizaron el método de las sucesivas aportaciones mensuales hasta alcanzar la cantidad necesaria para facilitar la adquisición de libros. Las más frecuentadas, sin duda, fueron Inchausti y Centropress, ambas especializadas en arte y arquitectura, y fuente de suscripciones y pedidos al extranjero. También fue habitual entre los alumnos de la Escuela la compra organizada de títulos dentro de un grupo, es decir, cada uno compraba un volumen diferente que luego intercambiaba con sus compañeros. De esta manera tuvieron acceso a muchos más libros y revistas de las que hubieran podido poseer por separado.

Así, utilizando diversas fórmulas fueron conociendo los que casi todos han coincidido en señalar como sus primeros libros sobre arquitectura moderna: *Espacio, tiempo y arquitectura*, de Sigfried Giedion; *Saber ver la arquitectura* e *Historia de la arquitectura moderna*, de Bruno Zevi; *La cultura de las ciudades*, de Lewis Mumford; y *Pioneros del diseño moderno*, de Nikolaus Pevsner. Algo más tarde le llegaría el turno a Leo-



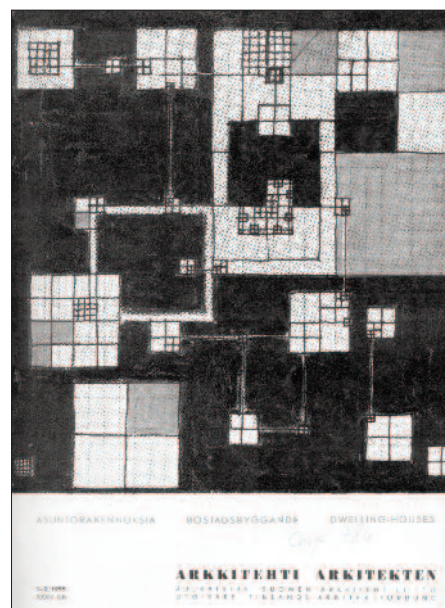
Portadas de algunos de los primeros libros que se manejaron sobre arquitectura moderna.

nardo Benevolo, quien con su *Historia de la arquitectura moderna*, traducida muy pronto al castellano por la editorial madrileña Taurus, acapararía ventas en las librerías de la capital. En cualquier caso, hay que aclarar que el caso del libro de Benevolo no se trata, ni mucho menos, de algo aislado, y que la mayoría de los textos se fueron adquiriendo según iban llegando las traducciones de las editoriales argentinas, principalmente Nueva Visión y Ediciones Infinito.

En cuanto a las revistas, parece que, por lo general, *L'Architecture d'Aujourd'hui* y *The Architectural Review* eran las dos más manejadas, seguidas de cerca por *Domus* y *Casabella*, aunque la mayoría ha considerado que la primera de estas tenía una mayor aceptación en el ámbito madrileño. Después, según los gustos, unos se decantaban por las estadounidenses *Architectural Forum* o *Architectural Record*, y otros, por la inglesa *Architectural Design*. Años más tarde, *Zodiac* también atraería lectores; así como *Perspecta*, algo más específica pero también del gusto de muchos.

Por otra parte, la información sobre arquitectura extranjera no sólo pudieron obtenerla a través de los textos elaborados fuera de nuestras fronteras. Aparte de los libros traducidos al castellano por las editoriales argentinas, en España algunas casas comenzaban asimismo a traducir al español textos interesantes. Se acaba de citar uno de los casos más significativos: el texto de Benevolo *Historia de la arquitectura moderna*, publicado por Taurus sólo tres años después de su primera edición italiana.²⁰ Además de Taurus, Blume y, sobre todo, Gustavo Gili fueron incluyendo progresivamente entre sus colecciones algunos títulos relacionados con el extranjero.²¹

Sin embargo, más que la labor efectuada por las editoriales —que en ninguno de los casos sorprende ni por exceso ni por defecto—, llama la atención el papel desempeñado por algunos organismos oficiales dentro del ámbito de las publicaciones sobre asuntos foráneos. Concretamente, la que llevó a cabo el Ministerio de la Vivienda a través de su Secretaría General Técnica (SGT). Desde principios de los sesenta se dedicaron a



Portadas de algunas de las revistas más consultadas en el periodo de estudio.

editar unos folletos o catálogos agrupados en distintas series que se iban creando y conformando según aparecían nuevos temas en las publicaciones. Así continuaron durante varios años, hasta que a partir de 1967 todo este conjunto de textos termina organizándose en una única colección: Documentos Informativos, conformada por siete series finalmente denominadas «Legislación extranjera», «Temas de Urbanismo y Vivienda», «Temas de Arquitectura y Técnica de la construcción», «Actividades Internacionales», «Medio ambiente urbano», «Estudios de estadística económica» y «Desarrollo comunitario».

En resumen, la colección acogió muchos más epígrafes dedicados al extranjero y publicados en España de los que se podría haber previsto en un principio,²² pero también muy pocos con un verdadero contenido crítico y en los que realmente pudiese encontrarse el caldo de cultivo necesario para una generación de arquitectos que más que información necesitaba verdadera educación.

Dejando temporalmente a un lado el asunto de las publicaciones —hasta que se aborde el tema de las revistas autóctonas—, y entrando de lleno en esos cauces facultativos —los que fueron opcionales para cada uno de ellos y, en consecuencia, los que produjeron unos resultados más heterogéneos en el conjunto de los arquitectos madrileños—, habría que detenerse unos instantes a mencionar las

reuniones y conferencias a las que pudieron asistir.

Evidentemente, cualquier iniciado en este tema al que se le preguntase sobre las conferencias más destacadas de esos años en Madrid respondería que las de Alvar Aalto de 1951 y las de Richard Neutra de 1954. Pero hubo muchas más, tal vez no tan renombradas ni dictadas en su mayoría por arquitectos extranjeros, aunque igualmente interesantes por la actualidad de sus contenidos.

En general, hubo una serie de instituciones y organizaciones que potenciaron la celebración de estos encuentros. En primer lugar, el

tenían que ver con ello y a los que acudieron algunos personajes extranjeros. Y, por último, hay que citar la labor efectuada por algunas asociaciones como la Agrupación de Estudiantes de Arquitectura, quienes durante una temporada se ocuparon de organizar actos, charlas y conferencias por algunos colegios mayores de la ciudad universitaria.

Pero, sin duda, los ciclos más importantes fueron las Sesiones de Crítica de Arquitectura (SCA) y, algo más tarde, los Pequeños Congresos. En el caso de las SCA, además, llegaron al conjunto de los colegiados a través de las transcripciones publicadas en *Arquitectura*, la revista del COAM. Esto último se considera un factor fundamental, ya que aunque casi siempre participaban en los encuentros más o menos los mismos arquitectos, el “debate” llegaba a todos los que leían la revista. Sin embargo, hay que reconocer que la mayor parte de las veces los temas de discusión tuvieron que ver con asuntos netamente españoles y que, además, la mención de las SCA a cualquiera que le suenen no le trae a la memoria, precisamente, los encuentros en los que se habló sobre lo foráneo, sino otros que van asociados a acontecimientos que, como la sesión celebrada en la Alhambra y posterior redacción del famoso *Manifiesto*,²³ con el paso de los años se han elevado a la categoría de sucesos ineludibles en cualquier texto que trate sobre la época. Lo que no quita para que, sin

Portada de “La ciudad no es un árbol”, de Christopher Alexander, uno de los ‘Documentos Informativos’ publicados por la Secretaría General Técnica del Ministerio de la Vivienda.



Colegio de Arquitectos, que, aunque sólo sea por el patrocinio de las Sesiones de Crítica de Arquitectura, merece ocupar un puesto relevante en este relato. También el Instituto Técnico de la Construcción ejerció, desde su Sala Costillares —adonde acudieron, entre otros, Neutra, Vagnetti, Salvadori o Ponti—, una destacada labor de difusión del panorama arquitectónico coetáneo. Otros organismos, como el Aula de Fomento de las Artes y el Aula de Plástica del Servicio Nacional de Educación y Cultura o el propio Ministerio de la Vivienda, se encargaron —sobre todo en la década de los sesenta— de organizar ciclos de conferencias no específicamente orientados a lo foráneo, pero en los que, sin embargo, se abordaron temas que

Transcripción publicada en RNA de la primera Sesión de Crítica de Arquitectura, dedicada al edificio de la ONU en Nueva York y celebrada en Madrid en 1950.

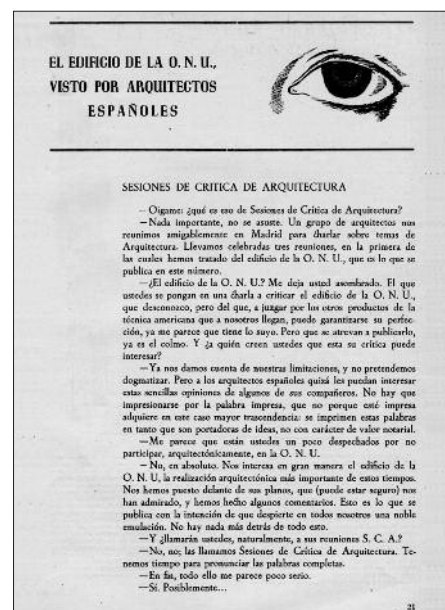




Foto de los firmantes del Manifiesto de la Alhambra.

Portadas de algunos números de la Revista Nacional de Arquitectura en los que se publicaron Sesiones de Crítica dedicadas a asuntos extranjeros. De izquierda a derecha, el edificio de la ONU (RNA 109), el pabellón de España en la Expo de Bruselas 58 (RNA 198) y Le Corbusier (RNA 119).

embargo, las SCA se inaugurasen a finales del año 1950 hablando de un edificio extranjero: el de la ONU en Nueva York.²⁴ Aparte de este, y a lo largo de sus más de dos décadas de vigencia —interrumpidas sólo tres años, entre 1960 y 1963—, las SCA recorrieron algunos otros edificios foráneos o directamente relacionados con lo extranjero, como fue el caso de la estación Termini de Roma,²⁵ la embajada de los Estados Unidos en Madrid,²⁶ el pabellón de España en la Expo de Bruselas²⁷ y dos tiendas de Wright y Scarpa incluidas en la sesión preparada por Juan Daniel Fullaondo sobre «El fenómeno de la tienda en el contexto de la ciudad».²⁸ También hubo un par de ellas dedicadas a la figura y obra de Alvar

Aalto²⁹ y de Le Corbusier.³⁰ Pero, en general, las SCA que se dedicaron a lo foráneo no trataron sobre edificios o personajes concretos, sino sobre temas mucho más abiertos, como es el caso de las tituladas «Arquitectura en el Brasil»,³¹ «La organización de las oficinas de arquitectura en Norteamérica»,³² «Viaje de estudios a EEUU»,³³ «Ideas generales sobre la Interbau Berlín 1957»³⁴ y algunas híbridas en las que se trataron conceptos tan globales que no se tiene claro si se refieren a lo de dentro o a lo de fuera.³⁵

Las últimas SCA de las que se tiene constancia se celebraron en los primeros años de la década de los setenta, ya cerca del momento en que



Carlos de Miguel diría su adiós definitivo a las tareas de dirección de *Arquitectura*. No se sabe a ciencia cierta si esto fue lo que motivó su desaparición o si, como ya parece que ocurrió cuando estuvieron esos tres años sin celebrarse, su ocaso lo marcó el propio desgaste o el desánimo de los asistentes. Tampoco hay que desestimar las diferencias de criterio que comenzaban a hacerse patentes entre las distintas generaciones de arquitectos que acudían a ellas. En cualquier caso, durante el tiempo que duraron las SCA, estas constituyeron, sin lugar a dudas, uno de los lugares más idóneos para que existiese “comunicación” entre los compañeros de profesión y un auténtico “escenario” en el que se fueron mostrando —y no sólo a los asistentes, sino a la mayoría de colegiados a través de sus transcripciones en la revista— los asuntos que en ese momento interesaban a los arquitectos madrileños.

Dejando a un lado el resto de conferencias o ciclos que se celebraron, y que tampoco fueron excesivamente frecuentes, si se habla de congresos, es inevitable mencionar la celebración durante esos años de los denominados Pequeños Congresos, que, aunque ni se celebraron en Madrid, ni se caracterizaron específicamente por su carácter internacional, durante los sesenta congregaron a un buen número de arquitectos por toda la geografía española. La idea, al parecer, surgió de los catalanes, quienes, encabezados por Oriol Bohigas, establecieron contacto con Carlos de Miguel a través de Perpiñá, e iniciaron la andadura con un par de reuniones que se celebraron la primera en Madrid, a finales de 1959, y la

segunda en Barcelona, a mediados del año siguiente.

Como se ha comentado, los Pequeños Congresos no se orientaron a temas internacionales, más bien todo lo contrario; casi todos se centraron en asuntos que afectaban directamente a la arquitectura española, lo que, sin embargo, no implica que obviasen lo que ocurría fuera de nuestras fronteras. Y, de hecho, a partir del VI Congreso comenzaron a acudir a ellos arquitectos extranjeros, como Candilis, Portas, De Carlo o Eisenman, que expresaron sus ideas en ponencias que se leyeron en las sesiones. Incluso hubo un Pequeño Congreso, el de 1967, que se celebraría fuera de España, en Portugal, y donde tendrían la oportunidad de descubrir la obra de un emergente Álvaro Siza. En resumen, un interesante ciclo que se extendió algo más de una década y que fue lugar de encuentro entre los arquitectos españoles y algún que otro personaje foráneo de verdadero interés en el momento.

Al margen de la participación en los congresos organizados por la UIA, no hay mucho que reseñar sobre las reuniones celebradas fuera de nuestras fronteras a las que acudieron los madrileños. Únicamente me gustaría señalar un hecho que a mí personalmente me ha llamado muchísimo la atención y que es la ausencia de noticias sobre el Team X y los CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna), por los que el Colegio no mostró el más mínimo interés en todo el periodo y que apenas aparecen reseñados en las revistas.

Momento del coloquio que se celebró en la Sesión de Crítica de Arquitectura dedicada a “El fenómeno de la tienda en el contexto de la ciudad” (1968). De derecha a izquierda, Carlos de Miguel, Juan Daniel Fullaondo (ponente), Rafael Moneo y José Antonio Corrales.

Imagen del transcurso del Pequeño Congreso de Málaga de 1963. De izquierda a derecha, Fernando Higuera, Francisco Javier Sáenz de Oiza y Ricardo Bofill.



En cuanto a las exposiciones, ya se han ido citando algunas de las que se celebraron en España al hilo de lo que se ha comentado sobre el Colegio de Arquitectos, entre las que habría que volver a nombrar la de «Arquitectura Finlandesa», de 1960, por el éxito que obtuvo y por la organización en paralelo de una serie de conferencias y coloquios en los que participaron numerosos protagonistas cercanos al “mundillo” arquitectónico.

Y si se habla de exposiciones de arquitectura en esos años, no hay que olvidarse de EXCO (Exposición Permanente de Información de la Construcción), un organismo que, sin estar orientado expresamente al estudio de la arquitectura foránea, sin embargo colaboró activamente en el montaje y organización de numerosas muestras en esos años. Aunque sus orígenes se remontan a 1933, no sería hasta 1957, con la creación del Ministerio de la Vivienda, cuando cambiase su denominación primitiva por la definitiva EXCO y se trazasen sus objetivos, secciones y características de actuación, que, además de sus competencias para la investigación de materiales o sistemas y su empleo racional en la edificación, incluyeron una intensa actividad en el ámbito de las exposiciones, organizadas sobre los temas más diversos.

Y, para no perder la costumbre, detrás se encontraría, una vez más, Carlos de Miguel, quien ostentaría el cargo de jefe del Servicio de Exposiciones durante todo el periodo de estudio.

Muy renombrada fue la primera de las muestras que celebraron, la que

en el año 1960 dedicaron al «Equipo doméstico», y a cuya inauguración asistieron numerosas figuras políticas y de las organizaciones colegiales. Pero habría que esperar un par de años más para que organizaran una dedicada expresamente a un tema foráneo: «Las artes decorativas finlandesas». Montada por Timo Sarpave, la exposición estuvo recorriendo diversas ciudades europeas con unos contenidos muy similares en todas ellas. En el caso de Madrid, además, estuvo acompañada de una celebrada conferencia a cargo de Antonio Fernández Alba, que actuó como comisario del evento.

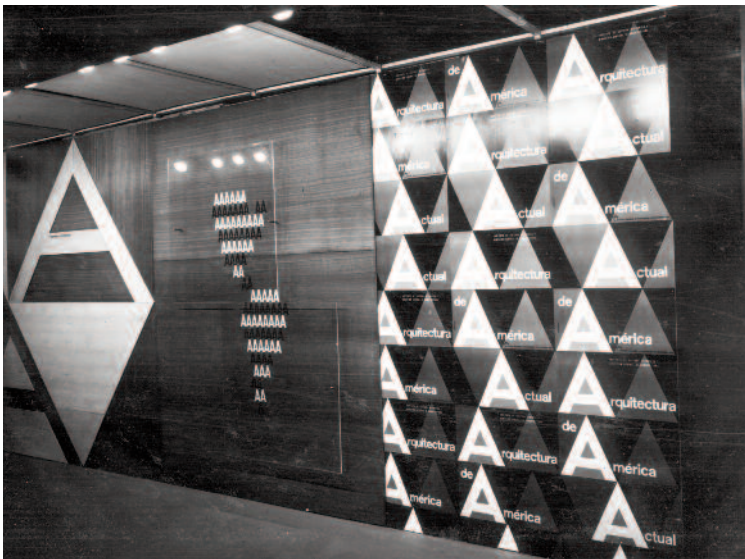
Tras esta llegarían algunas de las más recordadas, como la del «Peregrino en el Camino de Santiago» y la de «Gaudí». Pero no sería hasta finales de 1964 cuando se celebrase la otra gran exposición de la EXCO dedicada a un tema extranjero: «La arquitectura actual de América». Montada por Javier Feduchi, recogía una selección de obras construidas en el continente americano por arquitectos de diversas nacionalidades, entre las cuales pudieron verse edificios de Candela, Harrison y Abramovitz, Levi, Pei, Saarinen, SOM, Durrell Stone, Villanueva o Yamasaki.

Fuera de España, las que más interesaron, sin duda, fueron las Trienales de Milán y las Bienales de Venecia y de São Paulo, sobre todo aquellas en las que estuvo implicado algún español. Un caso parecido a lo sucedido con las Exposiciones Universales que se organizaron en el periodo: interesaron todas, pero la que despertó una mayor expectación fue la de 1958 en

Carlos de Miguel, como jefe del Servicio de Exposiciones de EXCO, acompaña a Francisco Franco en su visita a la exposición celebrada en 1968 sobre la labor del Instituto Nacional de la Vivienda.

Exposición sobre «Las artes decorativas finlandesas», montada en los locales de la EXCO en 1962.





Entrada a la exposición «La arquitectura actual de América», montada en los locales de la EXCO en 1964.

Bruselas, por el éxito que en ella obtuvo el pabellón español.

Con ello concluimos este recorrido por las exposiciones, un camino que en España se comienza a transitar muy lentamente y que, ya a finales de los sesenta, llega a alcanzar un ritmo constante que continuaría a lo largo de los años. Sólo hay un aspecto que ensombrece un poco este panorama, yo diría que atractivo: aunque lo foráneo estuvo presente en un número considerable de las muestras organizadas, realmente hubo muy pocas que se dedicasen específicamente a ello. Y respecto a lo que se ha comentado sobre los éxitos cosechados en los grandes acontecimientos expositivos y en las ferias internacionales, da la impresión de que, en realidad, en la mayoría de los casos, no obedecieron a una verdadera valoración de los contenidos que se mostraron, sino a una inteligente manera de exhibir toda una serie de clichés que tenían que ver con lo hispano.

En los viajes apenas vamos a detenernos unos instantes, dado que de todos los canales de información que se han presentado, este es el más difícil de cuantificar y clasificar, porque va íntimamente ligado a la biografía particular de cada arquitecto. Lo que sí resulta evidente, y así se fue confirmando durante todo el de-

sarrollo del trabajo, es que al comienzo se realizaron muy pocos y que fueron aumentando de forma exponencial a medida que avanzaban los años. En cualquier caso no es un medio que se haya valorado como fundamental para esta investigación.

Por el contrario, las que sí han resultado primordiales han sido las publicaciones periódicas, más concretamente las madrileñas, que han destacado por varias razones entre el resto de medios de difusión contemplados. En primer lugar, porque la idea de que constituyeron la fuente fundamental de alimentación intelectual de los arquitectos y estudiantes de esos años es algo aceptado y proclamado por una gran mayoría. En ese sentido, este trabajo reafirma, aportando datos concretos y un estudio pormenorizado específico, la tesis de partida del mismo, así como las opiniones expresadas al respecto en algunos textos ya conocidos al iniciar la investigación, pero que no se habían contrastado con información objetiva. Además, el hecho de haberlas examinado y comparado con el resto de cauces de difusión permite ahora afirmar que fueron la herramienta más fácil, más barata y, por tanto, más accesible con la que contaron los arquitectos para conseguir información sobre el extranjero, una información que ha resultado ser mucho más numerosa de la que ya se creía que contenían antes de comenzar el trabajo.

Por todo ello, se han mostrado como una forma óptima de estar al día en los acontecimientos arquitectónicos mundiales. Y aunque algunas veces se ha echado en falta un poco más de

Encuentro entre Mies van der Rohe y Carlos de Miguel en el transcurso de uno de los viajes de éste último a EEUU (1964).



calidad y extensión en la información que contienen, por el contrario, la cantidad de sucesos a los que se refieren ha colmado, e incluso rebasado, las expectativas iniciales. Las personas que compusieron los equipos de redacción —habitualmente al día de las tendencias de actualidad— se enteraron de mucho de lo que ocurrió fuera y lo sirvieron “en bandeja” al resto de sus compañeros.

Y esto que se acaba de señalar es precisamente el último aspecto por el que las publicaciones periódicas resultaron especialmente interesantes para esta investigación: son fruto de las personas que compusieron sus

redacciones y que colaboraron con ellas, quienes, evidentemente, divulgaron lo que consideraron más interesante. Esto significa, aparte de lo obvio, que al estudiar los contenidos de las revistas no sólo se ha examinado la información que les llegó y que transmitieron, sino también el criterio y los gustos de los que las crearon, lo que ha quedado patente en el análisis que se ha efectuado de las tres revistas madrileñas consideradas como las más destacadas dentro del periodo de estudio: *Arquitectura*, *Hogar y Arquitectura* y *Nueva Forma*.

Aparte de la cantidad y calidad de lo publicado sobre lo foráneo, cabe exponer ahora otro tipo de conclusiones, como por ejemplo dónde se localizaba dicha información. En este sentido hay que señalar la importancia que adquirieron las secciones fijas como elementos equilibradores de la misma. Y entre ellas, sin duda, habría que destacar los «30 d a» de *Arquitectura* elaborados por Mariano Bayón, y que en la mayor parte de su andadura estuvieron dedicados exclusivamente a la difusión de la arquitectura extranjera más actual. De no ser por esta sección y algunas otras, esos artículos se habrían reducido a ejemplos dispersos sujetos a los gustos de los redactores o a la ocasional llegada de noticias exteriores. Sin embargo, la propia periodicidad de las secciones obligó a buscar referencias foráneas constantes que enriquecieron el panorama de los



Arquitectura, Hogar y Arquitectura y Nueva Forma, las «tres revistas madrileñas» más destacadas para este estudio.



medios madrileños. Además, las revistas, en la medida en que incluían un mayor número de secciones en las que se tocaban temas extranjeros, los distribuían en sus páginas de una manera más constante y equilibrada que en el resto.

Así ocurrió en *Arquitectura* y en la *Revista Nacional de Arquitectura*, tal vez el paradigma de lo que se está comentando. Por otra parte, ambas fueron las que abordaron un mayor número de artículos de fondo, de reportajes más o menos extensos sobre la arquitectura foránea y —un dato significativo— las que dedicaron un mayor número de páginas al desarrollo de concursos internacionales, seguramente, por el especial interés de Carlos de Miguel en este tipo de certámenes. Sin embargo, hay que señalar que las razones que llevaron a De Miguel a publicar una serie de concursos internacionales y no otros, parece que tuvieron que ver, una vez más, no tanto con un interés en la difusión de la arquitectura extranjera como con el ensalzamiento de la española, ya que en la gran mayoría de los concursos publicados participó algún equipo español y, muchas veces, la información facilitada se ciñó a esos proyectos.

En otras, como *Informes de la Construcción*, la dedicación a lo extranjero se centró en la publicación de edificios recientes, más concretamente los estadounidenses. La constante presencia de este tipo de reportajes en sus páginas ha disparado en algunos puntos las gráficas elaboradas a lo largo del trabajo (véase gráfica de revistas en página siguiente, donde se muestran precisamente los artículos dedicados a edificios extranjeros publicados en las seis revistas contempladas, y donde *Informes* supera con creces al resto en todo el periodo).

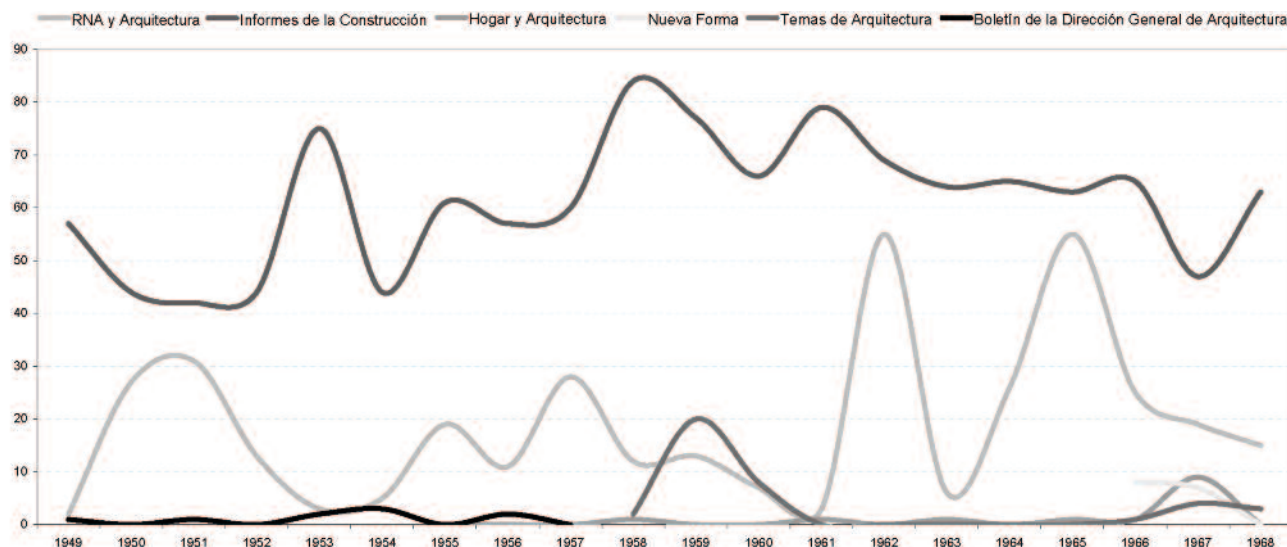
Es indudable el interés que tienen algunas revistas consultadas, que, como *Nueva Forma*, vinieron a apor-

Primera página del
«30 d a» aparecido en
Arquitectura 70.



tar un halo de modernidad al panorama un tanto monocorde que reinaba entre las publicaciones periódicas madrileñas. Con este aspecto ya se contaba a la hora de abordar la investigación y, de hecho, la consulta de sus números no hizo más que reafirmar lo que ya se sabía por la existencia de algunos exhaustivos trabajos previos en los que se ponía de manifiesto dicha circunstancia. Hay, además, otras publicaciones que también destacan, y no sólo por la cantidad, sino por la calidad y el interés de lo publicado. Como *Hogar y Arquitectura*, en la que su director, Carlos Flores, consiguió ir incorporando progresivamente a su primitiva estructura —la divulgación de la labor de la Obra Sindical del Hogar— temas de actualidad, que a la larga llegarían a ocupar un número de páginas igual o mayor que el destinado a su objetivo inicial.

En cuanto al carácter que adquieren las publicaciones periódicas entre el resto de cauces presentados, se considera que constituyen un estadio intermedio entre los medios “comunes” a todos los arquitectos y los “circunstanciales” propios de cada uno.



Distribución a lo largo del periodo de estudio de los artículos publicados sobre edificios extranjeros en RNA y Arquitectura, Informes de la Construcción, Hogar y Arquitectura, Nueva Forma, Temas de Arquitectura y el Boletín de Información de la Dirección General de Arquitectura.

No todo el mundo leía las mismas revistas, pero todos —o casi todos— hojeaban alguna o incluso varias.

Lo que parece una realidad es que, sólo repasando las páginas de las revistas más accesibles, la mayoría de los arquitectos madrileños podrían haber estado suficientemente informados de lo que ocurría fuera de nuestras fronteras, al menos de una forma muy general, y que cada uno podría haberse cultivado en función de su interés y sus posibilidades. Con todo, hay que reconocer que la mayoría no tenía más que leves conocimientos de los trabajos más divulgados, y que tan sólo unos cuantos estaban realmente “al día” en lo que a arquitectura moderna extranjera se refería.

Por tanto, el desconocimiento general del colectivo no debe achacarse —como ha venido haciéndose de forma sistemática— únicamente al aislamiento o a las dificultades de entrada de información desde el exterior —que evidentemente existieron—, sino también, y podría afirmarse que sobre todo, a la falta de interés que mostró la gran mayoría por lo que se hacía fuera.

También cabe abordar un asunto que aún no se ha planteado de una manera directa: ¿se estableció un debate real a través de las revistas? Pues a pesar de la cantidad de artículos que

se han presentado, la respuesta es negativa. Podría decirse que más que debate se trató de un discurso. A través de los medios se lanzaron las propuestas de un nuevo tipo de arquitectura adaptado al caso español, pero no se intentó participar en las discusiones que se dieron en otros países, simplemente se las contempló desde lejos y se adoptó lo que interesó. Parece como si, una vez más, la principal razón para intervenir en ellas hubiese sido la de no sentirse inferiores. Pese a ello, aquí dentro se conocían y generaban pequeñas discusiones paralelas. De nuevo, la idea que se viene manejando sigue latente en estas reflexiones: más que dificultades para informarse de lo foráneo, lo que había era cierto desinterés. El apego por la propia arquitectura y el interés por mejorarla fue mucho mayor que la atracción por lo que se hizo fuera de nuestras fronteras.

En cuanto a los personajes que más colaboraron en la divulgación de lo foráneo, como ya se ha venido anunciando, el más significativo resulta ser Carlos de Miguel. Su figura es fundamental en todo lo que concierne a las actividades culturales que se han expuesto. De nuevo, sin embargo, hay que recordar que no fue una persona más expresamente interesada por lo foráneo que por lo de dentro, sino en general por la evolución y puesta al día de la arquitectura española.

Primeras páginas de los artículos «Balance 1960» y «Panorama de la arquitectura en el 1960», publicados en la revista Architectura en 1961, que reprodujeron o se inspiraron en otros originalmente publicados en The Architectural Review y L'Architecture d'Aujourd'hui unos meses antes.

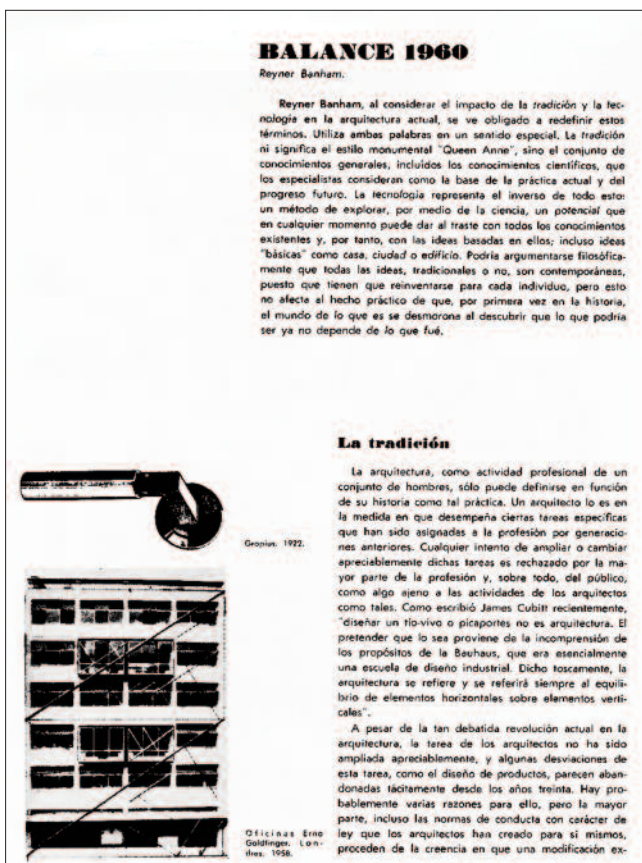
Se ha comentado que alrededor de Carlos de Miguel giraron publicaciones, contactos, viajes, conferencias y congresos. No obstante, tal vez su labor más encomiable fuese la de reunir de vez en cuando a los arquitectos de toda España para charlar o discutir.

Además de Carlos de Miguel, los directores de las otras revistas —especialmente Carlos Flores y Juan Daniel Fullaondo— actuaron como excelentes mediadores en el conocimiento de lo foráneo. Por otra parte, Mariano Bayón y Antonio Fernández Alba, desde la redacción o la colaboración en distintos medios, son otros de los referentes para tener en cuenta. Respecto a los de “fuera”, habría que señalar a Sartoris, Ponti y Zevi como algunos de los articulistas más frecuentes. Y en cuanto a obra construida publicada, no cabe duda de que el más divulgado fue Richard Neutra, que alcanzó dichas cotas, desde luego, gracias a la revista *Informes de la Construcción*.

En general, los resultados de los distintos análisis efectuados dejan patente las diferencias entre los cincuenta y los sesenta. En cuanto a la

entrada de información, en la primera de esas décadas se evolucionó desde la ignorancia mantenida hasta entonces hacia una formación progresiva, alimentada por los textos y publicaciones que iban apareciendo y llegando. Fueron los años más activos en cuanto a formación se refiere, a diferencia de los sesenta, en los que se consolidaron las nuevas ideas adoptadas en la década anterior. Además, en los sesenta comenzaron a aflorar las diferencias entre las dos generaciones de “modernos”: la de los “mayores”, los pioneros que buscaron en la modernidad una salida al estancamiento en que se hallaba sumida la arquitectura española, y la de los más “jóvenes”, formados con la mirada puesta en los anteriores y que, a la larga, terminarían enfrentándose a ellos por considerarlos “antiguos”.

Sin embargo, hay algo común a ambas décadas, algo que las convierde en un periodo especial y que, poco a poco, en la medida en la que iban conociéndose datos y documentos con los que reconstruir la historia de esos años, fue incorporándose a la misma hasta erigirse en una de las claves fundamentales de la recuperación y evolución de la arquitectura



española: el espíritu de superación que movió a un colectivo que “necesitaba” sentir que formaba parte de las corrientes internacionales. Sin duda, el mayor atractivo del relato radica en el ánimo y la energía que movieron a ese “grupo” madrileño —inconexo y desorganizado, pero tenaz— en el camino de reincorporación al mundo que los rodeaba. Y después de todo lo que se ha comentado puede afirmarse que los arquitectos españoles de esos años lo consiguieron.

Notas

1. Para más información, véase Esteban Maluenda, Ana: *La modernidad importada. Madrid 1949-1968: cauces de difusión de la arquitectura extranjera* [tesis doctoral UPM]. Madrid: [Esteban Maluenda, A.], 2007.
2. Fernández del Amo, José Luis: «Las artes plásticas en España 1950-60» («Abstract Art in Spain 1959-60», publicado en la revista *Studio International*, 1007, Londres, 1984), en *Palabra y Obra. Escritos reunidos*. Madrid: Servicio de Publicaciones del COAM, 1995, págs. 195 y 196.
3. Ruiz Cabrero, Gabriel: «Preguntas a Antonio Fernández Alba», en *L'arquitectura i l'art dels anys 50 a Madrid*. Catálogo de la exposición. Barcelona: Fundació La Caixa, 1996, pág. 57.
4. «Notas Historiográficas 1949». *NF*, 27, abril 1968, pág. 72.
5. Fullaondo, Juan Daniel: «La Escuela de Madrid». *Arquitectura*, 118, octubre 1968, pág. 13.
6. «En 1949, en el momento en que se termina el aislamiento, las sanciones, la retirada diplomática y el cierre de fronteras, se produce un cambio apreciable en el terreno de la arquitectura». CIRICI, Alexandre: *La estética del franquismo*. Colección Punto y Línea. Barcelona: Gustavo Gili, 1977, pág. 180.
7. Flores López, Carlos: «En torno a Torres Blancas. Proyecto de Sáenz de Oiza». *H y A*, 49, noviembre-diciembre 1963. «Proyectos para el conjunto residencial Torres Blancas». *H y A*, 49, noviembre-diciembre 1963, pág. 22. «Torres Blancas en la trayectoria de Francisco Sáenz de Oiza», *Nueva Forma-El Inmueble*, 11, noviembre-diciembre 1966, pág. 19. «Sáenz de Oiza y su edificio Torres Blancas». *Cúpula*, 125, septiembre 1967, pág. 492. Fernández Longoria, Francisco: «Construcción y contrapunto en las Torres Blancas», *Arquitectura*, 120, diciembre 1968, pág. 2. «La estructura de Torres Blancas, Madrid. España». *IC*, 226, diciembre 1970, pág. 43. «Torres Blancas, Madrid 1963». *Aujourd'hui: art et architecture*, 52, febrero 1966, pág. 32. «La Tour Blanche. Appartements-jardins à Madrid». *L'Architecture d'Aujourd'hui*, 130, febrero-marzo 1967, pág. 32. «Torres Blancas. Madrid». *Baumeister*, junio 1967, pág. 214.
- «Torres Blancas. Madrid». *L'Architecture d'Aujourd'hui*, 142, febrero-marzo 1969.
- «Un episodio a Madrid: Le Torres Blancas». *Domus*, 485, abril 1970, pág. 726.
- «Torres Blancas. Madrid». *L'Architecture d'Aujourd'hui*, 149, abril-mayo 1970, pág. 62.
- «L'édifice 'Torres Blancas' à Madrid (Espagne)». *La Technique des Travaux*, 147, mayo-junio 1971, pág. 166.
9. Domènech Girbau, Lluís: *Arquitectura española contemporánea*. Barcelona: Blume, 1968.
10. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM) y Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (COAM).
11. «El ingreso en la Escuela de Arquitectura se hacía aprobando dos cursos de Ciencias Exactas de la Universidad Central y los dibujos de las Academias Privadas. Me enfrentaba con el mundo universitario en plena proclamación de la República. La incertidumbre política, el desasosiego social y el desconcierto en los estudios, al comenzar, dejaron su impronta. Cada cual se defendía arbitrariamente: profesores y alumnos. No dudé nunca de una vocación a la que me entregaba, pero no me veía acompañado ni asistido. Eran extraños». «Treinta preguntas a José Luis Fernández del Amo». En José Luis Fernández del Amo. *Un proyecto de Museo de Arte Contemporáneo*. Catálogo de la exposición. Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 1995, pág. 51.
12. Vidaurre, Julio: «Panorama histórico: 1845-1970», en *Ideología y enseñanza de la arquitectura en la España contemporánea*. Madrid: Tucur Ediciones, 1975, pág. 68.
13. Ibídem, pág. 67.
14. Fullaondo, Juan Daniel: «La Escuela de Madrid». *O. cit.*, pág. 11.
15. Véase Esteban Maluenda, Ana: *O. cit.*
16. Le Corbusier: *Le Modulor-essai sur une mesure harmonique a l'hechill*. Bolonia, 1951. —*Cómo concebir el Urbanismo*. Buenos Aires: Infinito, 1959. —*Concerning town planning*. Londres: Architectural Press, 1948. —*Cuando las catedrales eran blancas*. Buenos Aires: Poseidón, 1948. —*El Modulor. Ensayo sobre una medida armónica a la escala humana aplicable universalmente a la Arquitectura y la mecánica*. Buenos Aires: Poseidón, 1961. —*El urbanismo de los tres establecimientos humanos*. Buenos Aires: Poseidón, 1964. —*La vivienda del hombre*. Madrid: Espasa Calpe, 1945. —*Mein Werk*. Stuttgart: Gerd Hatje, 1960. —*Mensaje a los estudiantes de arquitectura*. Buenos Aires: Infinito, 1961. —*Oeuvre complete 1946-1952*. Zürich: Girsberger, 1953. —*The Chapel at Ronchamp*. Nueva York: Frederick A. Praeger Publishers, 1957. —*Vers une architecture*. París: Les Editions G. Crès, 1958.
17. Le Corbusier: *U.N. Informes de la comisión del Cuartel General*. Buenos Aires: G. Kraft, 1948. —*Ronchamp*. Stuttgart: Gerd Hatje, 1957. —*Cuando las catedrales eran blancas: viaje al país de los tímidos*. Buenos Aires: Poseidón, 1958. —*Vers une architecture*. París: Les Editions G. Crès, 1958. —*El Modulor. Ensayo sobre una medida armónica a la escala humana aplicable uni-*

- versalmente a la Arquitectura y la mecánica. Buenos Aires: Poseidón, 1961.
- La ciudad del futuro*. Buenos Aires: Infinito, 1962.
- La ville radieuse*. Paris: Vicent Freal, 1963.
18. Pevsner, Nikolaus: *Pioneers of modern movement, from William Morris to Walter Gropius*. Londres: Faber & Faber, 1936. Fue publicado en 1958 por la editorial Infinito de Argentina con el título *Pioneros del diseño moderno: de William Morris a Walter Gropius*.
 19. Giedion, Sigfried: *Space, Time and Architecture. The growth of a new tradition*. Cambridge: The Harvard University Press, 1941.
 20. Benevolo, Leonardo: *Storia dell'architettura moderna*. Bari: Laterza, 1960.
—*Historia de la arquitectura moderna*. Madrid: Taurus, 1963.
 21. Por citar algún ejemplo:
Galardi, Alberto: *Nueva arquitectura italiana*. Barcelona: Gustavo Gili, 1967.
Hatje, Gerd: *Diccionario ilustrado de la arquitectura contemporánea*. Barcelona: Gustavo Gili, 1964.
Joedicke, Jürgen: *Candilis-Josic-Woods: una década de arquitectura y urbanismo*. Barcelona: Gustavo Gili, 1968.
Kultermann, Udo: *Arquitectura contemporánea: panorama de las nuevas construcciones en el mundo*. Barcelona: Gustavo Gili, 1958.
—*Arquitectura moderna en África*. Barcelona: Gustavo Gili, 1963.
Nervi, Pier Luigi: *Pier Luigi Nervi. Construcciones y proyectos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1958.
—*Nuevas estructuras*. Barcelona: Gustavo Gili, 1963.
Tempel, Egon: *Nueva arquitectura finlandesa*. Barcelona: Gustavo Gili, 1968.
 22. Entre otros títulos cabría destacar:
Alexander, Christopher: *El esquema de las calles*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1968.
—*La ciudad no es un árbol*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1968.
—*Sistema de muros gruesos*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1968.
Buchanan, Colin D.: *El tráfico en conexión con la ordenación urbana*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1963.
—*El transporte urbano*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1965.
—*Las repercusiones del Informe Buchanan*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1966.
—*El informe Buchanan sobre tráfico urbano: (introducción, capítulos I y II)*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1966.
—*El informe Buchanan sobre tráfico urbano: (capítulos IV y V; apéndice 3)*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1966.
—*La información pública ante el problema de tráfico urbano*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1967.
Doxiadis, Constantinos A.: *El hombre y la comunidad mundial: construyendo el futuro*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1967.
Mumford, Lewis: *Estudio crítico sobre el Nuevo Plan Regional Norteamericano para impedir la megalópolis*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1966.
Safdie, Moshe: *La anatomía de un sistema*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, SGT, 1968.
 23. *Manifiesto de la Alhambra*. Madrid: Dirección General de Arquitectura, 1953.
 24. «Edificio de la O.N.U. visto por arquitectos españoles. Sesiones de Crítica de Arquitectura. Sede permanente de la O.N.U. en Nueva York». *RNA*, 109, enero 1951, pág. 21.
 25. «Sesión de Crítica de Arquitectura. Estación Termini, en Roma». *RNA*, 113, mayo 1951, pág. 28.
 26. «Sesión de Crítica de Arquitectura. Edificio de la Embajada de U.S.A. en Madrid». *RNA*, 162, junio 1955, pág. 21.
 27. «El pabellón de España en la Exposición de Bruselas». *RNA*, 198, junio 1958, pág. 1.
 28. «El fenómeno de la tienda en el contexto de la ciudad». *Arquitectura*, 111, marzo 1968, pág. 21.
 29. «El arquitecto Alvar Aalto en las Sesiones de Crítica de Arquitectura celebradas en el mes de noviembre en Madrid». *RNA*, 124, abril 1952, pág. 19.
 30. «Le Corbusier». *RNA*, 199, julio 1958, pág. 29.
 31. «Arquitectura en el Brasil». *RNA*, 156, diciembre 1954, pág. 35.
 32. «La organización de las oficinas de arquitectura en Norteamérica». *RNA*, 167, noviembre 1955, pág. 35.
 33. «Viaje de estudios a Estados Unidos». *RNA*, 184, abril 1957, pág. 37.
 34. «Ideas generales sobre la *Interbau Berlin 1957*». *RNA*, 193, enero 1958, pág. 26.
 35. «Rascacielos en España». *RNA*, 158, febrero 1955, pág. 29.
«Los plásticos y la construcción». *RNA*, 160, abril 1955, pág. 39.
«La arquitectura y la jardinería». *RNA*, 163, julio 1955, pág. 21.
«El Diseño Industrial». *RNA*, 173, mayo 1956, pág. 21.
«Plazas». *RNA*, 181, enero 1957, pág. 19.

